



Artículo: Don Edmundo O’Gorman, historiador y maestro revolucionario

Autor(es): Vázquez, Josefina Zoraida

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 78

Año: 2007

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Vázquez, Josefina Zoraida. "Don Edmundo O’Gorman, historiador y maestro revolucionario" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 78 (2007): p. 3-10. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM

<http://hdl.handle.net/20.500.12525/3593>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Don Edmundo O’Gorman, historiador y maestro revolucionario

Josefina Zoraida Vázquez
El Colegio de México

Sin haberse profesionalizado, la historiografía mexicana había tenido buenos historiadores, pero siempre fueron ejemplos singulares. El estudio del pasado, como en otras partes, estuvo limitado por afanes de justificación (la Colonia, la Independencia o los fracasos del Estado mexicano), o bien por el intento deliberado de contribuir a la consolidación del Estado-nación. Desde el establecimiento del Estado mexicano la necesidad de justificar la independencia dio lugar a interpretarla como la recuperación de la libertad perdida con la conquista y a negar el pasado virreinal. Esta interpretación dio origen a una controversia entre las posiciones políticas que defendían los distintos proyectos de nación. No obstante, hacia fines de siglo XIX, el evolucionismo de Justo Sierra permitió aceptar el pasado mexicano en su totalidad. Por desgracia, el planteamiento de reivindicaciones sociales con la Revolución Mexicana hizo reaparecer la cuestión de las raíces y surgir un indigenismo y un hispanismo maniqueos que obstaculizaron el estudio del pasado. De esa manera, durante los años veinte y treinta dominó el extremismo que despertó reflexiones sobre la cultura mexicana y los mexicanos, tales como la de Samuel Ramos (1934), *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz y los ensayos del movimiento de México y lo mexicano.

Don Daniel Cosío Villegas había fundado el Fondo de Cultura Económica en 1934, y aunque su objetivo inicial era traducir y publicar libros de economía, no tardó en extenderlo a grandes obras de historia y filosofía y otras áreas del conocimiento, en especial con la llegada de los intelectuales españoles desplazados por el triunfo del franquismo acogidos por el gobierno en la Casa de España en México, transformada en 1940 en El Colegio de México. Los transferrados, como los llamaría don José Gaos, le inyectaron nueva savia a la cultura mexicana y obligaron a los mexicanos a empezar a retomar el pasado con nueva mirada. El establecimiento del Instituto de Antropología e Historia, el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y los institutos de Investigaciones Históricas e Investigaciones Estéticas de la UNAM favoreció el proceso y la profesionalización de la historia.

De todas maneras, la historiografía mexicana continuó enferma de los extremismos maniqueos. Indigenistas e hispanistas persistieron en la negación de una parte del pasado y para los años cuarenta se concentraron en una ridícula bús-

queda de huesos. La mayoría de los historiadores estaba convencida de la posibilidad humana de llegar a la “verdad objetiva”, con el simple hecho de buscar documentos. Por entonces, Edmundo O’Gorman renunciaba a una década como exitoso abogado, para seguir su vocación. Según don Justino Fernández, don Edmundo, su amigo de toda la vida, había heredado de su madre “los destellos del intelecto, mientras que de su padre, Cecil, finísimo pintor, el gusto por el arte y el sentido estético”.¹ Los dos compartían la pasión por la historia y por el arte y estaban fascinados por el pasado virreinal y las raíces prehispánicas, por lo que emprendían excursiones para visitar iglesias, conventos y ruinas y hasta hicieron un “experimento de vida monacal” en las celdas del convento de Acolman. Las mismas inquietudes los llevaron a fundar la editorial Alcanía para imprimir “obrillas breves de poesía” y, más tarde, libros de más envergadura de literatura, historia y filosofía. Entre ellos estuvieron sus primeros pininos de historia, como el ensayo *Santo Tomás Moro en la Nueva España*.² No obstante, don Edmundo decidió estudiar la carrera de Leyes en la Escuela Libre de Derecho, donde enseñaban los mejores juristas y ejerció exitosamente la abogacía por diez años hasta que decidió que lo aburría y la abandonó por la menos redituable carrera de historiador en 1938.

En el momento de abandonar la abogacía tenía en su haber varios ensayos y había preparado su “Breve historia de las divisiones territoriales. Aportación a la historia de la geografía en México” para el libro conmemorativo *Trabajos jurídicos de homenaje a la Escuela Libre de Derecho. XXV aniversario*.³ Del ensayo se hizo una edición abreviada en la Biblioteca Enciclopédica Popular en 1948 y, revisada, la incluyó la colección “Sepan cuantos...” de Editorial Porrúa como *Historia de las divisiones territoriales de México* que, por su utilidad, se sigue publicando.

Colgada la toga abogadil, don Edmundo se inscribió en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y buscó una ocupación. Sin importarle la reducción notable en sus finanzas, se incorporó como historiador y subdirector en el Archivo General de la Nación, donde permaneció de 1938 a 1952, el único puesto administrativo que ocupó en su vida y que desempeñó sin fastidiosas formalidades burocráticas. Historiadores que lo conocieron por entonces, como Woodrow Borah o John Phelan, siempre recordaron con gratitud la valiosa colaboración que les había prestado. Al tiempo que se dedicaba a traducir la obra de Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias, en que se tratan de las cosas notables del cielo, y elementos, metales, plantas y animales de ellas, y los ritos*

¹ Justino Fernández, “Edmundo O’Gorman, su varia personalidad”, en Juan A. Ortega y Medina, *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, p. 13-17.

² Justino Fernández y Edmundo O’Gorman, *Santo Tomás Moro en la Nueva España*, México, Alcanía, 1937.

³ México, Polis, 1937.

y ceremonias, leyes y gobierno, y guerras de los indios,⁴ don Edmundo se incorporó también a la enseñanza, en 1939, en la Escuela de Verano y, al año siguiente, en la propia Facultad de Filosofía. Más tarde enseñaría también en el Mexico City College, donde lo llegué a ver cuando asistía a mis clases de inglés.

O'Gorman era lector asiduo de la *Revista de Occidente* y de las obras de José Ortega y Gasset, pero las clases de don Antonio Caso lo introdujeron de lleno en la filosofía y la lectura de Benedetto Croce, de manera que la llegada del doctor José Gaos, discípulo de Ortega, representó para él un verdadero acontecimiento. La experiencia de seguir “ideas viejas y nuevas, expuestas con rigor”, redondeó su formación filosófica y su visión de la historia. Aunque se inclinaba hacia el empirismo británico de John Locke y David Hume —cuyos trabajos tradujo para el Fondo de Cultura Económica—,⁵ el seminario de Gaos lo llevó a la lectura de Descartes y del *Ser y tiempo* de Heidegger, estímulos intelectuales que él consideró esenciales.

Es posible que la preparación de la edición del libro de Joseph de Acosta le despertara el interés en el desarrollo del concepto de América. Así en 1942 veía la luz *Fundamentos de la historia de América* y en 1947, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, su tesis de maestría, ambos publicados por la UNAM. Por entonces se encontraba ya enfrascado en la ambiciosa investigación que constituiría su tesis doctoral, *La idea del descubrimiento de América*, presentada a examen el 12 de septiembre de 1951 y que mereció un *suma cum laude*⁶ del jurado examinador. La obra requirió una larga búsqueda de fuentes en bibliotecas de Estados Unidos y Europa, gracias a las becas Carnegie, John Carter Brown, Benjamin Shreeve y el Consejo Británico. Gran parte de los viajes los emprendió entonces en la búsqueda de material para su libro,⁷ más tarde se volvió sedentario y hasta me llegó a decir que viajar era de mujeres.

Pero desde su estreno como profesor, la inclinación hacia las reflexiones filosóficas de don Edmundo y su empeño por develar verdades disimuladas por largo tiempo y combatir el positivismo y la supuesta “objetividad” histórica lo hicieron blanco de los mediocres, escudados en la defensa de la historia “cientí-

⁴ México, Fondo de Cultura Económica, 1940.

⁵ Don Edmundo contribuiría con sus traducciones del *Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke, *Diálogo sobre la religión natural* de David Hume, *Teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith, *El derecho divino de los reyes* de J. N. Figgis, *Los ensayos* de Francis Bacon, la *Idea de la historia* de Collingwood y algunas otras.

⁶ Publicada como *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria/Centro de Estudios Filosóficos, 1951 (Ediciones del IV Centenario de la Universidad de México).

⁷ Profesor honorario de la Universidad de Minnesota, 1940; Brown University, 1942-1943; Universidad de Princeton, 1946; diversas bibliotecas de Estados Unidos y universidades de Oxford, Cambridge y Edimburgo, 1947; Universidad de Texas, Austin, 1949; Simon Guggenheim Fellow (1950-1951), que le permitió investigar en la Universidad de Princeton, 1951-1952; como Benjamin Shreeve Fellow estuvo en la Universidad de Virginia. En 1953 y 1954 estuvo en el Western College, Los Ángeles, y como Will Patten Fellow, en la Universidad de Indiana, en 1958.

fica". En el mezquino contexto existente, era natural que se sintiera mejor en el medio de los filósofos que en el de los historiadores, a los que no tardó en enfrentarse y sacudir con impertinentes preguntas fundamentales sobre el sentido de la historia, el oficio del historiador y la naturaleza del conocimiento histórico. Su empeño por trascender la superficie de los hechos, explicar sus contradicciones y sacar a flote los hilos profundos que regían los acontecimientos lo convirtieron en verdadero *enfant terrible* de la historiografía mexicana, al tiempo que contribuía a abrir nuevas brechas en el pensamiento histórico. Sus obras se convirtieron en verdadero parteaguas de la historiografía mexicana. Esta afirmación puede parecer hoy en día exagerada, pues para los que no la vivieron es difícil de aquilatar la transformación que tuvo la historiografía mexicana. Al introducir nuevas perspectivas para el análisis del pasado, su cátedra despertó inquietudes en sus estudiantes y terminó por derrumbar las acartonadas formas de la historia que estaban vigentes. Como afirmaría uno de sus más dilectos discípulos, Juan Ortega y Medina, "O'Gorman tiene el mérito de haber modificado, de manera decisiva, el enfoque con el que se aborda el estudio de nuestra evolución histórica".⁸

Tengo la certeza de que sus ideas heterodoxas y el no escribir libros tradicionales,⁹ junto con su personalidad orgullosa y crítica y su gran capacidad polemista, aterrorizaron a los mediocres del gremio. Carentes de argumentos, sus enemigos lo acusaron de ser un simple filósofo que discurría sobre el pasado en forma abstracta y sin documentos, no obstante que lo contradecían sus largos años en el Archivo General de la Nación y las enjundiosas contribuciones a su *Boletín*.

De sus 89 años de vida, tuve contacto cercano con don Edmundo O'Gorman durante casi 45 años; de ser una alumna más que se atrevió a hacer la tesis de maestría bajo su dirección, pasé a ser su ayudante y sustituta durante un año sabático, antes de convertirme en amiga y colega. En mis recuerdos aparecen múltiples O'Gormans y es natural, pues en el largo trecho de tiempo hubo también grandes cambios en el país y en la Universidad. Al conocerlo a principios de la década de 1950, el país tenía apenas 26.5 millones de habitantes y la ciudad empezaba a rebasar los dos millones, de manera que era vivible y tranquila y todavía se preciaba de ser la región más transparente que nos permitía el gozo de ver los cerros y los volcanes casi todos los días. La Universidad estaba diseminada por el centro de la ciudad; la Facultad de Filosofía estaba instalada en la vieja casona de Mascarones, elegante y austera, con fray Alonso de la Veracruz presidiendo su patio principal, lugar de encuentro de un cente-

⁸ "Presentación" en Juan A. Ortega y Medina, *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, p. 9-11.

⁹ Héctor Aguilar Camín, "Historiador para historiadores. Homenaje a Edmundo O'Gorman", en Josefina McGregor, *Homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2001, p. 104.

nar de alumnos. El país y la vida académica eran de tono menor, con mínimas ambiciones, ya que las humanidades no prometían prosperidad; no existían becas, por lo que las becas se elaboraban dando múltiples clases o haciendo tareas desgastantes. Pero la vida en la Universidad, la Facultad y El Colegio de México era más humana, no había *jet set* intelectual ni proyectos monumentales, aunque se había iniciado la construcción de la Ciudad Universitaria que se inauguraría en 1954, en un sur prácticamente despoblado. Tal vez por ello las pasiones estaban a flor de piel.

En mi recuerdo está presente la tarde de febrero de 1950 en que aterricé en Mascarones para iniciar mis cursos de historia, geografía y arte con excelentes maestros, tanto mexicanos como españoles, pero tardé en adaptarme porque mis amigos habían preferido la carrera de Derecho. Fue en mi segundo año de la carrera en 1951, al inscribirme en el curso de Historia de la Historiografía, que empecé a sentirme verdaderamente adaptada. Don Edmundo O'Gorman estaba por entonces en su madurez. Su curso de historiografía era reciente, pero a pesar de ser optativo atraía grandes números, a pesar del empeño de los coordinadores de la carrera de disuadir a los alumnos a cambiarlo por algún otro.¹⁰ En mi caso, eso sirvió de acicate para inscribirme. El temor que despertaba su fama se esfumó en el primer día de clase. Su imponente y cautivadora personalidad fascinaba a todos desde el primer momento. Don Edmundo analizaba el pensamiento historiográfico desde la antigüedad clásica hasta principios del siglo XX. Apenas aparecía, el salón de clase enmudecía ante la voz y el hilo del relato de don Edmundo quien, al llegar al punto culminante de una explicación, con deliberado intento, empezaba a buscar lentamente su cajetilla de cigarrillos y encendía uno, mientras sus oyentes sostenían prácticamente la respiración. Su maestría para analizar el pensamiento de cada historiador era tal que cada tarde nos convencía de que el analizado ese día era el más genial. Sólo después de llevar varias veces el curso, llegué a la conclusión de que sus clases más brillantes eran las dedicadas a Tucídides, San Agustín y Hegel. Mis grandes dudas sobre mi vocación histórica se esfumaron ante la convincente

¹⁰ Juan A. Ortega y Medina, en "Y va de cuento...", en *La obra de Edmundo O'Gorman. Discursos y conferencias de homenaje en su 70. aniversario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. 11-14, da buena cuenta de la situación: "Impartía por entonces O'Gorman la cátedra de Historiografía General, que él se había inventado, dicho sea recurriendo a su significativo lenguaje favorito, y también daba otra, todavía más *invenciosa* y paradójica sobre historia de América, que era piedra de escándalo en el rutinario rosario de clases tradicionales. Extraño profesor y raras cátedras, se pensaba y discurría con mal sofrenada cólera dentro del claustro profesional. Y hasta tal punto se encrespó la tormenta crítica que a más de un alumno se nos citó a consejo para que expusiéramos nuestras ideas sobre aquellas intolerables novedades que desde la cátedra lanzaba el incorregible profesor. Contra lo que se suponía, los alumnos, poquísimos en número, no dijimos lo que esperaban oír los celosos defensores del orden historiográfico tradicional, antes bien coincidimos casi unánimemente en que las lecciones del licenciado O'Gorman eran estupendas, profundas, bellísimas, ingeniosamente expuestas e inquietantemente problemáticas, demoleadoras. A decir verdad defendimos con calor algo que no acabábamos de entender del todo bien".

palabra de don Edmundo, y gracias a él, he podido disfrutar del ejercicio de la historia desde entonces. En 1952 se anunció que O'Gorman ofrecería un seminario, de manera que no dudé en inscribirme. Su fama atrajo un alumnado variado, tanto que, junto a los que nos iniciábamos, entraron alumnos más avanzados como Rafael Segovia, Elisa Vargaslugo y Juan A. Ortega y Medina, así como profesores como Arturo Arnáiz y Freg y Sergio Fernández. La temática del seminario en ese primer año abordó el análisis de la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas, aunque se comparó con otros cronistas. Más tarde se dedicó a grandes filósofos de la historia, Fichte, Hegel y hasta Marx, después se privilegiaron cronistas de historia novohispana y en una ocasión se trabajó sobre las Actas de Cabildo de la Ciudad de México del siglo XVI.

Ese primer año del seminario, bajo su dirección, la lectura de fray Bartolomé resultó fascinante, tanto que a menudo rebasaba el horario asignado sin que nadie se moviera por el interés en las disquisiciones del maestro. Muchas veces ése y los posteriores seminarios se extendieron a meriendas y convites en los que su sentido del humor y su sarcasmo le daban una nota mundana a los intereses académicos.

El experimento del seminario fue tan gratificante que al año siguiente me atreví a pedirle que me dirigiera la tesis de maestría, sobre todo porque en el transcurso del mismo me había interesado en Gonzalo Fernández de Oviedo. Aunque continué en el seminario, para la revisión de la tesis visitaba a don Edmundo en su casa, una o dos veces al mes. El maestro vivía entonces en la calle de Reforma en San Ángel, una casa sobria de paredes blancas, muebles sólidos y sencillos, con cuadros modernos y bodegones pintados por él mismo, así como objetos prehispánicos y por supuesto una estupenda biblioteca. Lo recuerdo cálido y comprensivo en aquellos días que me introducía en la investigación. Para animarme a seguir subrayaba lo que encontraba bien, aunque sutilmente me advirtiera de otras posibilidades de desarrollar alguna idea. El contacto con don Edmundo me entrenó para leer textos y reflexionar sobre ellos, completar estas lucubraciones con mi imaginación y confrontarlas con otras lecturas. Fue una experiencia decisiva de mi formación que me preparó para desaprender la historia que todavía estaba vigente entonces.

El paso de la Facultad a Ciudad Universitaria en 1954 trajo novedades, pues el abandono del espléndido aislamiento facilitó la renovación de la enseñanza. La historia dejó de estar dividida en Universal y de México, y las materias de don Edmundo —Geografía Histórica, Historiografía General y Filosofía de la Historia— pasaron a ser obligatorias, ampliando su influencia. Es posible que la lucha de don Edmundo por renovar la enseñanza de la historia en la Universidad no se haya agotado debidamente, pero fue profunda y la transformó.

Después de una ausencia de dos años en España, en 1958 me reincorporé al seminario de O'Gorman y empecé a dar clase en la Facultad y en la Universidad Iberoamericana, y en 1960 me incorporé al Colegio de México. El aumento de alumnos hizo que el doctor Ortega y yo le ayudáramos a calificar

exámenes y trabajos. Cada fin de semestre, don Juan y yo comíamos en su casa para poner las notas definitivas, una experiencia inapreciable para alguien que se iniciaba. Pero la masificación de la Facultad llevó a don Edmundo a abandonar las materias obligatorias y a refugiarse en el seminario de posgrado, que consideraba la salvación de la vida académica. En efecto, el seminario y la lectura cuidadosa de textos se convirtieron en un excelente taller de formación de jóvenes historiadores, con el análisis de Alva Ixtlilxóchitl, Servando Teresa de Mier, Zorita, Gage y otros, que sembró inquietudes en los que tuvieron la suerte de seguirlos.

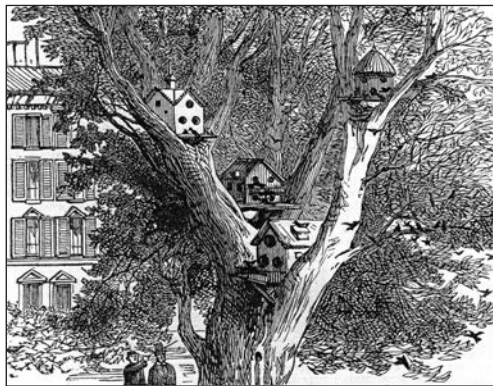
Don Edmundo desarrolló gustos y habilidades casi renacentistas: la pintura, la arquitectura, la música, la filosofía, la historia, la literatura, la geografía, el derecho, la política. Sabio y solitario, vivía frugalmente, pero como miembro del alto estrato de la sociedad mexicana, gustaba de la vida social y hacía gala de sofisticación y frivolidad. La plática más casual con el maestro cobraba un sentido profundo pues, como intelectual de una pieza, don Edmundo era ávido lector y trabajaba incansablemente en la sencillez de su celda franciscana Simmons, como describía su estudio. Aunque exigente, también era amigo cercano cuando teníamos problemas personales, de manera que quienes sufrimos la inquina por ser sus alumnos nos mantuvimos leales y casi podría decir que don Juan Ortega y yo nos sentimos orgullosos de serlo, aunque esto fue muy molesto y costoso. Don Edmundo resistió el conformismo que tanto reditúa en nuestro medio y defendió con valentía sus puntos de vista. Como un verdadero profesional, debatió con historiadores mexicanos y extranjeros, entre ellos Silvio Zavala, Marcel Bataillon, Lewis Hanke, Georges Baudot, Lino Gómez Canedo y Miguel León Portilla, a quienes su clara inteligencia, amplia cultura y diestro manejo de la argumentación, legado del ejercicio jurídico, puso en apuros.

O'Gorman nunca cayó en las redes de las modas y se mantuvo ajeno al empeño de la especialización de la segunda mitad del siglo. O'Gorman ejercía la historia sin adjetivos, toda una excepción en la historiografía mexicana. De esa manera pudo estudiar la idea de América desde el centro de la cultura universal. Por desgracia no logró contagiar su universalismo a sus discípulos, lo que ha hecho que tanto la historiografía mexicana como la latinoamericana hayan seguido siendo provincianas. Esa posición lo libró de caer en las redes del *Ariel* de Rodó, tan celebrado por los latinoamericanistas para consolarse de sus frustraciones. Don Edmundo sin piedad concluyó que, “por idealista que sea en la entraña de su ser, Iberoamérica no puede pasarse de aspirar a una prosperidad y poderío como los de su vecino Calibán”. El juicio era un grito desesperado ante una historia que parecía repetir constantemente los mismos errores, lo que lastimaba su entrañable amor a México, al que quería encauzar con sus reflexiones. En su discurso, “Del amor del historiador por su patria”, al recibir el Premio Nacional de Letras en 1972, afirmó que el mejor tributo que un historiador podía ofrecer a su patria era aceptar el pasado en su totalidad, con “la convicción madura y generosa de que la patria es lo que es, por lo que

ha sido, y que si tal como ella es no es indigna de nuestro amor, ese amor tiene que incluir de alguna manera la suma total de su pasado”.

El hecho de haber cuestionado prácticas y creencias aceptadas retardó que se le otorgara reconocimiento a sus contribuciones originales a la cultura mexicana, y en un país que tanto los prodiga recibió menos premios de los que su estatura merecía y, sin duda, debió haber pertenecido al Colegio Nacional.

A pesar de que en la última entrevista que concedió¹¹ afirmó casi no tener alumnos, yo me atrevo a contradecirlo, pues considero que gran parte de los historiadores formados en la Facultad de Filosofía y Letras en las décadas de 1950-1970 fueron, de una forma u otra, sus discípulos. El testamento que heredó a sus discípulos fue la pasión por descubrir “una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo, como nuestros amores”. Su cátedra y sus libros forzaron un nuevo cauce de la historiografía. Por eso es importante celebrar su centenario y continuar, en la medida de nuestras fuerzas, su obra. □



¹¹ “Yo tengo muy pocos alumnos, y además ya murieron [...], fue muy cercano a mí Eduardo Blanquel. También Manrique, el crítico de arte, y Josefina Vázquez, quizá también”. Teresa Rodríguez de Licea, “Una entrevista con Edmundo O’Gorman”, *Historia Mexicana*, XLVI:1 (1997), p. 955-969.